

La región en la globalización y en la historia de las relaciones internacionales latinoamericanas

Edmundo A. Heredia*

1. La palabra "región"

Los teóricos de las ciencias sociales ponen atención en los términos y en los conceptos que éstos encierran, lo cual es plausible en cuanto se trata de que los intelectuales puedan entenderse entre sí. Algunos de esos términos son de uso común para diversas disciplinas, y en tales casos la cuestión reside en que su uso y ubicación en el discurso analítico debe ser suficientemente explícito y claro, para que desde cualquier perspectiva que se lo presente no entren en confusión las acepciones que cada uno le adjudica.

Puede afirmarse, ante la observación de esta realidad, que las ciencias sociales tienen términos comunes pero no un lenguaje común, en tanto los significados de las palabras sean diferentes; puede que no convenga revertir la situación, esto es que no sea tarea recomendable la elaboración consensuada de un lenguaje común, sino más bien que unos y otros sepan cabalmente cuáles son las acepciones y los conceptos que esos términos comunes tienen en cada contexto de conocimiento.

No basta conocer los significados convencionales o lexicográficos de las palabras; el lector debe conocer el sentido y el concepto que cada autor asigna a las palabras que emplea, sobre todo cuando éstas encierran una significación especial o clave dentro de un discurso. Estas cuestiones inherentes a interpretaciones y significados adquiere especial importancia con el fenómeno del multi-culturalismo, que trae consigo contactos, fusiones o combinaciones idiomáticas; a propósito, Yale Ferguson ha advertido que antes de ocuparse de los fenómenos puntuales del multiculturalismo se hace necesario pensar sobre los varios significados de esa expresión.¹

* Universidad Nacional de Córdoba-CONICET. Vicedirector de la Asociación Argentina de Historia de las Relaciones Internacionales.

1. Ferguson hizo esta advertencia en el Simposio sobre Multiculturalismo en las Relaciones Internacionales, en el marco del XVIII^o Congrès International des Sciences Historiques, que se llevó a cabo en Montreal en setiembre de 1995.

Este autor nos señalaba allí que es preciso dedicar mucho tiempo de la investigación a la

Uno de los términos controvertidos y de múltiple uso es “región” —vocablo que ha sido denominado como *wild card*, o comodín, es decir que se lo usa indistintamente en diversas ocasiones y con diversos fines—;² la matriz etimológica de la palabra podría ser ubicada en la ciencia geográfica, en cuanto su naturaleza responde, dentro de las ciencias sociales y humanas, a la dimensión espacial. Sin embargo, podemos encontrarla en la terminología de historiadores, literatos, sociólogos, economistas. De allí que sea conveniente formular ciertas precisiones en cuanto a su uso y significado en determinados sistemas de conocimiento.

En este caso, la referencia a la aplicación del término y del concepto de “región” está circunscripta al discurso histórico, y más precisamente a la historia de las relaciones internacionales en América Latina.

Una advertencia preliminar es acerca de la necesidad de distinguir a la región en su doble significado. Por una parte, como término del discurso y como categoría de análisis; por otra, como el fenómeno concreto y visualmente observable, o sea la región en sí misma. Esto es, distinguir entre el objeto “región” (espacio habitado por el hombre) y el razonamiento metodológico que aplicamos para conocer determinado fenómeno y que consiste básicamente en una forma de análisis científico, esto es de división y clasificación de uno o de varios objetos de estudio; de un proceso intelectual de regionalización, en definitiva. Aquí se hace ostensible que la región adquiere una neta connotación metodológica.

Siendo la dimensión temporal la categoría distintiva de la historia en el concierto de las disciplinas sociales y humanas, también cabe puntualizar previamente que es preciso reconocer a la región, considerada históricamente, como un espacio dinámico y mutante que debe ser observado dentro de un proceso evolutivo; esta apreciación inicial, aunque elemental, debe ser destacada ante la evidencia de que la idea de región se presenta en una primera instancia como estática, fija y tan difícilmente cambiante como puede serlo la naturaleza geográfica, que responde en sus mutaciones a tiempos notablemente más largos que los ciclos, las etapas o las épocas históricas. Para entender esta condición de la región hay que entenderla como un espacio

terminología que usamos, pues ella nos transmite imágenes del mundo que debemos compartir.

Véase Yale Ferguson, *Ethnicity, nationalism and global politics: Continuity and change*. En *Le multiculturalisme et l'histoire des relations internationales du XVIIIe siècle à nos jours*, Milán (en prensa).

Precisamente en Montreal se puso de manifiesto, a través de unas cuarenta ponencias, la diversidad de acepciones a partir de las cuales está siendo abordado el tema del multiculturalismo. El ámbito donde es utilizado un término cuyo significado no ha sido aún consensuado, y que es aplicado en materias variadas por estudiosos de los más distintos países que cultivan diversas disciplinas y que hablan idiomas diferentes, puede llegar a convertirse en una Torre de Babel.

2. Sergio Boisier, *Posmodernismo territorial y globalización: regiones pivotes y regiones virtuales*, Santiago de Chile, ILPES, 1993.

habitado por el hombre y por tanto como una categoría para el conocimiento del hombre, no de la naturaleza.

Las reflexiones sobre el concepto parecen estar aún en una etapa preliminar, en tanto se mantenga el predominio del ordenamiento disciplinario como base para distinguir y clasificar los sistemas de conocimiento; este ordenamiento, para ser tal, requiere la creación de tipologías que agrupan esos sistemas (o disciplinas), y que forman conjuntos o series determinados por sus objetos o campos de contenido, por sus objetivos, por sus métodos, por las formas del discurso que los describe, etc.; sin embargo, puede apuntarse que las actividades inter-disciplinarias, en parte, y más aún las multi-disciplinarias han logrado avances que acercan las diversas interpretaciones hacia una comprensión cada vez más integral para el conjunto de las ciencias del hombre.

Por tanto, la región, considerada como categoría de análisis, así como también la utilización de esa categoría como uno de los instrumentos apropiados para una concepción integrada de determinados fenómenos, se presenta como altamente plausible en una labor de aproximación interdisciplinaria; es más, se trata de una aventura del pensamiento realmente fascinante, atractiva y audaz, y precisamente por eso mismo digna de ser acometida.

2. La historia regional en el mundo globalizado

Pero he aquí que cuando los historiadores habían avanzado pasos importantes en la concepción de lo regional se presentó un fenómeno que vino a trastornar, invadir y saturar los esquemas de conocimiento existentes, tanto los tradicionales como los de vanguardia. La trayectoria tenía sus orígenes en una concepción de lo regional meramente convencional —que se apoyaba en la mera naturaleza, o en las divisiones político-administrativas que facilitaban notablemente la obtención de testimonios, o en alguna característica ostensiblemente homogeneizadora y fácilmente dimensionable—; pero había evolucionado hacia una metodología más elaborada que intentaba conjugar las diversas interpretaciones para construir una idea interdisciplinaria de la región.

Este fenómeno conmocionante es el de la globalización, que en una primera embestida ha provocado desestabilización e incertidumbre en las formas de conocimiento de la realidad social; las reacciones contra esta arrolladora invasión, colocadas bajo rótulos como el desconstruccionismo o el posmodernismo, no hacen más que confirmar esos efectos desestabilizadores al construir sus respuestas bajo el signo de la irracionalidad, de la improvisación o de la negación de los sistemas.

Esta globalización afecta a todos los órdenes de la vida, y quizá alcance su expresión más ostensible en el espectáculo que ofrecen las grandes urbes, en las que se puede observar cómo de manera abigarrada se desarrolla junto a la vida cotidiana de los ciudadanos y junto a los testimonios históricos que

le imprimen su sello particular y le ayudan a ejercitar la memoria colectiva, esa otra fachada de transnacionalismo construida por este mundo globalizado, en la que una gran parte de los conglomerados urbanos aparece despojada de su carácter distintivo.³

Desde cierta perspectiva, la globalización se parece a la era del maquinismo, cuando se temía que el hombre quedara dominado y esclavizado por los ritmos mecánicos de las máquinas. Ahora el temor radica más bien en que la tecnología, que es impúdica y carece de sutilezas, pueda causar la eliminación de las diversidades culturales, al imponerse unas formas universales que uniformarían las costumbres, los hábitos y aun las representaciones simbólicas de toda la humanidad.

3. *La imagen del espacio*

Aunque el fenómeno no sea tan visible como en las ciudades, es la concepción de lo regional la que ha acusado el mayor impacto ante la emergencia del mundo globalizado. Esta situación ha determinado que se afine la indagación acerca de los contenidos de lo que constituye una región.

En historia, por ejemplo, hubo un tiempo en que se hablaba de "región" sin que los historiadores se preguntaran ni averiguaran qué era. En el mejor de los casos, recurrían a las fórmulas más sencillas y directas proporcionadas por la geografía política tradicional.⁴ Y con ese desenfado se lanzaban, por ejemplo, a reconstruir cuestiones históricas de un sector del planeta delimitado por magnitudes geodésicas o por decisiones de administración política, y le llamaban "historia regional", sin más aclaraciones.

El avance de los estudios inter-disciplinarios y la necesidad de sumarse a ellos para evitar el peligro de quedar sepultado por la corriente avasallante de los innovadores, obligó a tomar aquel concepto que venía de la geografía, y a recomponerlo, para observar cómo se comportaba al estudiar al hombre desde otras formas de conocimiento, y en consecuencia a adaptar ese concepto según los particulares requerimientos de cada perspectiva de análisis. Quizá algunos hayan quedado demasiado ligados al concepto original y por tanto no consiguieron desprenderse del elemento primario, es decir del geográfico; en consecuencia, han formado una teoría geo-histórica, una teoría geo-cultural, una teoría geo-política, etc., en las que se marca con fuerza decisiva la significación de la adherencia del hombre al suelo, al punto que desde ciertos extremos se formulan interpretaciones en que el hombre aparece como incorporado al suelo —algo así como el hombre telúrico—, y no a la inversa —es decir, el suelo humanizado—.

3. Véase Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, Grijalbo, 1995.

4. Edmundo A. Heredia, "Los estudios de historia regional e interregional en el contexto latinoamericano. Algunos presupuestos teóricos y metodológicos", en *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*. N° 12. Córdoba, 1987.

Una tercera alternativa podría ser la intermedia, la que considerara a la región como un espacio geográfico creado por el hombre y que el hombre adopta para desarrollar una forma de vida. Esta interpretación puede ayudar a entender la diversidad regional, en tanto se conjugan las diferencias naturales —piénsese en el contraste entre los hielos y el trópico, entre la selva y el páramo— y las diferencias culturales —un escocés frente a un mapuche, un hindú frente a un congoleño—; la consideración de este encuentro o convivencia de hombre y naturaleza es fundamental para entender la persistencia de las regiones —esto es de las diversidades, tanto culturales como naturales— frente a la globalización, o sea frente a las fuerzas que tienden a uniformar y globalizar la vida social.

Avances de otras ciencias sociales o humanas, como la psicología, la antropología, el análisis del discurso y la historia misma —esta última más lenta para los cambios, quizá por cierta artrosis que le viene de su antigüedad como disciplina— fueron determinando innovaciones capaces de ventilar el concepto hasta despejarlo de esa persistente capa de polvo.

Entonces comenzó a hablarse del *imaginario* —del imaginario social, o cultural, o histórico—. En rigor, era una manera distinta de ver la realidad, como un cambio de actitud que importaba una nueva forma de modelar o diseñar representaciones ideales de la realidad, pero también valió para presentar símbolos y esquemas de ideologías, para marcar elementos con los que se caracterizaba una reconstrucción intelectualizada del mundo, para proveer formas y métodos de aprehensión de los fenómenos naturales y sociales, hasta para crear realidades virtuales. En fin, más que encontrar su factura en el taller de las ciencias, el imaginario parece tener un lugar más apropiado en la estantería de los valores estéticos; más que un producto de la razón y de la lógica, parece serlo de la sensibilidad, de la emotividad y de los valores culturales reconocidos por los grupos humanos como auto-identificatorios.

También el desarrollo de la historia de las mentalidades, que vino a introducirse como una cuña en los tradicionales estudios de la historia de la filosofía, de la historia del pensamiento o de la historia de las ideas (en las que se atendía casi exclusivamente a los grandes pensadores individuales), revolucionó el campo del conocimiento del hombre y de la sociedad; aunque los inicios de esta materia pueden encontrarse en Lucien Febvre y Marc Bloch, su instalación en los talleres de las ciencias sociales ha sido bastante demorado en muchos países, quizás por resultar peligroso desde la óptica de los sistemas políticos totalitarios.

En la medida en que corresponde al “nivel en el que las pertenencias se inscriben en actitudes y en representaciones colectivas” —como afirma Vovelle—,⁵ la historia de las mentalidades contribuye positivamente a la comprensión del imaginario social en tanto éste es considerado como una creación comunitaria, aunque sea difícilmente accesible a la intelección por

5. Michel Vovelle, *Ideología y mentalidades*, Barcelona, Ariel, 1985.

su alto grado de abstracción y por la necesidad de fuentes históricas no convencionales. En la actualidad, el imaginario ha pasado a ser uno de los objetos específicos del estudio de la historia de las mentalidades.⁶

Ahora bien; una manera fácil de distinguir esta historia de las mentalidades de aquellas corrientes orientadas a privilegiar los pensamientos de los individuos considerados paradigmáticos, sería considerar que la primera se ocupa del pensamiento colectivo y anónimo; ésta es una reducción simplista, y por tanto insuficiente.

En rigor, la oposición no debe plantearse entre el individuo y la sociedad, sino más bien entre las personas y las gentes; el término “gente” parece adquirir cada vez más entidad, desplazando en consecuencia al de “sociedad”; “gente” alude a individuos tomados en un conjunto y que se identifican como pertenecientes a ese conjunto, sin que por ello pierden su personalidad ni su identidad individual.

La acuñación de este significado de “gente” puede estar vinculado, entre otras cosas, a una reacción contra la masificación y la cultura de masas. También está vinculado con la cotidianeidad y la vida cultural; al respecto, dice Fernández Christlieb que “los operarios de la cotidianeidad son *la gente*, ... que... se parece sospechosamente a cada uno de nosotros... y en todo caso, si ha de haber un sujeto de carne y hueso para la Psicología Colectiva, un protagonista o actor, éste es la gente, y no los individuos, ni los grupos, ni las clases sociales, ni las instituciones. Porque la cotidianeidad es gentil.”⁷ En este y otros casos de movimientos intelectuales, la reacción contra la globalización parece ser un poderoso incentivo.

En fin, lo que interesa aquí del imaginario es que también parece ser útil para recrear el medio natural y convertirlo así en una idea, en un concepto. Este medio natural, aunque en rigor más que dado por el hombre le está dado al hombre, es sin embargo pasible de que éste —cansado quizá de hacer tantas cosas reales y a menudo inicuas con la naturaleza, por ejemplo destruyéndola, manipulándola, explotándola, contaminándola— comience a imaginárselo conforme a nuevas pautas y a nuevas valoraciones, no necesariamente ligadas de manera directa a ese medio natural.

Creo que esta actitud de contemplación, de observación, de recreación y de internalización han sido fundamentales para forjar la idea de *espacio*, que es algo así como una imagen interior que el hombre se forma del medio o del ambiente que le rodea. De tal modo, el hombre introduce a su mente e

6. Al respecto, Carlos Barros distingue cinco componentes de la mentalidad: lo racional, lo emotivo, lo imaginario, lo inconsciente y la conducta. El autor atribuye el atraso de la entrada a España de esta forma de conocimiento —ahora rotulada como “historia de la subjetividad humana”— a la dictadura franquista.

Véase “Historia de las mentalidades. Posibilidades actuales”, en Massimo Montanari y otros, *Problemas actuales de la Historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 1993.

7. Pablo Fernández Christlieb, *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*, Barcelona, Anthropos, 1994.

incorpora a su personalidad una imagen que es su propia recreación de aquel paisaje —natural y cultural a la vez— que le es propio y familiar.

Con el aporte del imaginario, que modifica la idea de espacio o que, más bien, crea la *imagen del espacio*, el concepto de región, como es lógico, comienza a transformarse, a enriquecerse y a hacerse más complejo, ya que aparece como un producto creado idealmente por el hombre. Esa creación se conforma a su vez con una amplia variedad de elementos que provienen de la concepción del mundo en materia cultural, social, religiosa, económica, etcétera.

El concepto de región, entonces, sin desprenderse de la naturaleza o del medio geográfico, se eleva por encima de todo eso y adquiere consistencia propia, amalgamando los elementos que provienen de la observación del medio con aquellos otros que constituyen el sustrato ideológico de las personas. Ese fenómeno, es claro, se da en cada individuo en interacción con los demás individuos, y así se multiplica hasta conformar el *imaginario social*.

Con un rasgo de audacia podría decirse que *el espacio es la idea de base con la cual el hombre forma el concepto de región*, es decir que es una creación del hombre elaborada a partir de la mirada contemplativa y por tanto subjetiva del medio circundante, esto es, de aquel medio del cual cada hombre se siente eje y centro. La región es, pues, básicamente y a nivel de intelección, la idea —o la intelectualización o la composición sistemática del conocimiento— que se tiene del medio o ambiente propio, cuya extensión física y concreta comprende, obviamente, todo el espacio en cuya comprensión el hombre reconoce la persistencia y el predominio de lo que siente que le es propio; Kaliman ha recordado aquella definición casi anónima según la cual la región es “aquel espacio que puedo recorrer sin sentirme todavía un extraño”;⁸ es ésta una suerte de definición popular que coloca a la región en la estricta dimensión de un producto cultural, como lo es un tapiz o una sinfonía. A su vez, la consubstancialidad colectiva de este reconocimiento estaría dando los fundamentos para determinar la existencia de un grupo humano identificable, que a su vez se siente así poseedor de los elementos primarios con los cuales está en condiciones de proceder a su auto-identificación.

Pero la idea base de espacio tiene una particularidad dentro del universo de las ideas, porque quizá sea la única idea tri-dimensional, característica que sumada a otras, tales como la policromía y la infinita variación de las perspectivas, le da una significación bien distintiva. La tridimensionalidad es un factor que contribuye a otorgar a la idea un valor estético. En cuanto a la perspectiva, piénsese en ésta como disciplina o como método del dibujo para conferir a la imagen plana una tercera dimensión (por ejemplo en el dibujo arquitectónico), y así se tendrá una noción más cabal del notable valor expresivo, gráfico y significativo —esto último en cuanto sostiene símbolos a partir de signos— del espacio, con sus puntos de vista y de fuga, sus ejes,

8. Ricardo J. Kaliman, *La palabra que produce regiones. El concepto de región desde la teoría literaria*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1994.

sus horizontes. Pensar, en fin, en el espacio como una idea tridimensional nos instala definitivamente en la convicción de que el conocimiento es necesariamente interdisciplinario, como nos lo sugiere Feyerabend al oponer arte y ciencia en tanto formas de conocimiento de la realidad.⁹

Además, esta visión favorece la incorporación de elementos significativos hasta ahora poco considerados, como lo son la vida cotidiana, los hábitos consuetudinarios y todos aquellos patrones culturales que forman parte de la vida común de los grupos humanos; la utilidad de este enfoque para el conocimiento sería que la región aparece así como la contenedora de la vida cultural en su totalidad; al respecto, es interesante la referencia que Ginzburg hace de otro crítico de arte, Giovanni Morelli, quien a fines del siglo pasado revolucionó su ambiente demostrando que la mejor manera de establecer la verdadera autoría de pinturas de origen dudoso no era observando sus rasgos más evidentes; sostenía, en cambio, que “a la personalidad hay que buscarla allí donde el esfuerzo personal es menos intenso”, y que los pequeños gestos inconscientes revelan el carácter de una persona (o la idiosincrasia de un grupo, podríamos completar) en mayor grado que cualquier otra actitud formal, por lo general cuidadosamente preparada.¹⁰

Siguiendo la misma línea de razonamiento, un paso posterior es el reconocimiento de la diversidad casi infinita de las actitudes y comportamientos que componen la vida cultural; el mismo Ginzburg recuerda que Antonio Averlino (llamado El Filarete), afirmaba en su *Tratado de Arquitectura* que era imposible construir dos edificios exactamente idénticos, y esto era advertible para un observador sagaz provisto de un método de indagación apropiado. Así también sería posible advertir las particularidades en las vidas cotidianas de las personas, de los grupos humanos, de las regiones. La globalización, en consecuencia, tendría así un límite marcado que nunca lograría trasponer, ni aun haciendo uso de la prepotencia.

Por otra parte, debe advertirse que esta imagen que los pueblos elaboran del espacio que habitan, no por ser predominantemente un trasunto de su subjetividad, debe ser entendida como una construcción que proviene de la

9. Paul Feyerabend, *Adiós a la razón*, Buenos Aires, Rey, 1990. Véase especialmente el capítulo CIENCIA COMO ARTE, en el que analiza teorías de la pintura del Renacimiento —en especial la de León Battista Alberti—, que daban especial significación al conocimiento de la óptica y de la perspectiva.

Así como postulaba que en las ciencias debía existir una pluralidad de teorías, el filósofo austríaco sostenía que en una sociedad libre debe existir pacíficamente una pluralidad de culturas.

Véase también Alberto Moreno “Paul Feyerabend. Pluralidad de teorías, pluralidad de culturas”, en *La Voz del Interior*, Córdoba, 24-11-1994.

10. Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*, Barcelona, Gedisa, 1994. Este autor vincula el método de Morelli con los detectivescos de Conan Doyle y los psicoanalistas de Freud; recuerda que los tres eran médicos y que aplicaban el modelo de la sintomatología, la disciplina que permite diagnosticar las enfermedades inaccesibles a la observación directa, por medio de síntomas superficiales, a veces irrelevantes a ojos del profano.

irracionalidad, y mucho menos resultado de actitudes ingenuas, espontáneas o desinteresadas; por el contrario, está íntimamente vinculada a la apropiación, a la posesión y a la protección de fuentes indispensables para la supervivencia, para el bienestar y para el desarrollo de los individuos y de sus comunidades.¹¹

4. Regionalización y globalización

Y he aquí que la región, como idea de un espacio singular, tiene que calibrarse ahora frente al fenómeno emergente de la globalización. Para confrontar ambos conceptos, aun sin que los tengamos bien definidos, es conveniente hablar más bien de regionalización, en lugar de hablar de región, considerando a la regionalización tanto en su carácter de proceso discursivo como de suma de acciones constructoras de regiones. De esta manera se pasa de la consideración de una cosa u objeto a un proceso, de una sustantivación a una acción, es decir de la región a la regionalización. Esto implica que pasamos de lo concreto y fijo a lo dinámico y fluctuante, o sea que consideramos a la región como un fenómeno histórico, y por tanto objeto de un proceso de regionalización.

Ya el término globalización coloca al problema en la dimensión histórica, pues lo reconoce como acción y le imprime carácter dinámico a lo global, esto es indica que lo global es un proceso histórico. Es decir, que el mundo global es el objeto y la globalización el proceso por el cual el mundo se hace global. El mundo globalizado, en fin, es el objeto y resultado de un proceso de globalización extendido en el tiempo y es a la vez el objeto sobre el que actúa un proceso de globalización.

Instalada, en consecuencia, la categoría del concepto "regionalización", éste sí está en situación homóloga con el de "globalización", y ambos son así pasibles de comparación y de contraste, en la medida en que hemos colocado al primero en una dimensión histórica, al igual que ya lo está el segundo.

El primer interrogante que se nos presenta es si, observando la realidad actual —aún no una histórica, esto es el proceso en el tiempo—, la regionalización ha pasado a ser un aspecto y una parte de la globalización, y por tanto una etapa apropiada para contribuir al desarrollo de ésta; o si, por el contrario, se trata por naturaleza de un fenómeno que se resiste y es reluctante a la globalización. Según que sea la posición al respecto, podría llegarse a definiciones tan opuestas como las siguientes:

* La globalización es una forma de relacionamiento, de interacción y de complementación de las regiones entre sí.

* La regionalización importa una actitud de rechazo a la globalización.

11. Piénsese, por ejemplo, en la idea de "desierto", con que se concibió a la Patagonia en el siglo pasado, como una forma de justificar la empresa de apropiación y de desalojo de la población indígena.

En mi opinión, no parece claro que esté definido, en términos de economía, de política y de estrategias de relaciones internacionales, si los procesos regionalizadores, tanto en sus contenidos estructurales como en sus condiciones funcionales, se encaminan o son favorables a la globalización, o si en cambio tienden a neutralizar ciertos aspectos que amenazan con ser perturbadores de la regionalización.

Desde una cierta perspectiva histórica, las regiones y los procesos de regionalización aparecen sin embargo más bien como factores de moderación y de limitación de la globalización. Esto parece más ostensible cuando esta globalización ha tocado y alcanzado ciertas cuestiones, como por ejemplo los valores culturales profundos, en tanto éstos constituyen los fundamentos que tienen los pueblos para su identificación y se repara en que son estos valores los que proveen las formas conscientes e inconscientes de la idiosincrasia peculiar de los grupos humanos.

Por otra parte, tampoco hay coincidencia en los analistas y teóricos acerca de si la globalización tiende a beneficiar la situación de bienestar general a partir de una distribución más equitativa de los bienes y servicios, o si, en cambio, implica una descarnada forma de desarrollar y dar apertura a un mundo altamente tecnologizado y super-productivo. En fin, se trata de saber si los agentes movilizadores de la globalización se han desentendido de los problemas que acompañan a ese proceso, tales como la desocupación, el avasallamiento de las culturas y la pérdida de identidad de los pueblos, sin llegar a resolver, a manera de compensación y para explicar el fenómeno en la relación costo-beneficio, problemas tan graves de este mundo globalizado como son los de la pobreza, de la marginación social, del hambre, de la mortalidad temprana.

Ahora bien; el historiador puede tomar cuenta de la situación actual, interpretarla de acuerdo con sus parámetros intelectuales y de allí dirigirse a la observación de la realidad histórica sobre la cual trabaja. Aunque considere que esa realidad es una única trama intrincada que se extiende en el tiempo y en el espacio como una inmensa estampa, en rigor está montado sobre dos aspectos distintos de esa realidad: la del presente y la del pasado. Cuando observa la primera, le vale todo su conocimiento de la segunda, pero cuando observa la realidad pasada debe manejarse a un tiempo con dos categorías que, si bien no son contrapuestas, es preciso separar en el momento del análisis, para evitar que esa observación esté cargada de prejuicios.

Por eso, al hablar de regionalización y de globalización en el tiempo histórico, es necesario ubicarse en la realidad que se quiere conocer, e introducirse en ella para interpretarla dentro de su propio contexto espacial y temporal. El método no implica alejarse de la realidad actual, sino servirla mejor. Por tanto, parece conveniente superar esa fácil visión retrospectiva que, teniendo como objeto de atención una cuestión actual, busca en la historia antecedentes útiles para componer una monografía que cumpla los requisitos de la burocracia académica. El camino del historiador es otro, el de un continuo vaivén entre el presente y el futuro, pero con la mirada puesta

en el objeto de su estudio, que se ubica en la dimensión temporal, esto es en el transcurrir, que es lo mismo que decir en el cambio.

En fin, si reconocemos que la región es el resultado de la relación íntima del hombre con su medio, es decir que la región es una criatura, o sea una creación singular, la regionalización debe ser entendida como el proceso en el cual la región se desarrolla y toma forma histórica concreta.

Por tanto, pareciera que uno de los desafíos finiseculares es resolver la encrucijada que el mundo posmoderno plantea, esto es la disyuntiva de adaptarnos a un mundo globalizado y aceptar sus imposiciones, o continuar reconociendo y por tanto respetando los valores singulares que el hombre ha cultivado en un proceso histórico, el que a su vez implica un proceso de identificación; estos valores se explican en la necesaria referencia a un espacio al que los grupos humanos están integrados, y que es a su vez el producto de su propia creación.

5. La imagen de región y la idea de nación

Pero en medio de la regionalización y de la globalización hay otra dimensión vinculada a lo espacial y que complica la intelección de ambas: la nación. Siguiendo un proceso educativo y cultural, el hombre ha adquirido un sentido de lo nacional, en buena parte por obra del estado nacional que administra el territorio político donde transcurre su vida, el cual tiene como una de sus misiones esenciales dotar a la ciudadanía de una imagen que recrea ese espacio conforme a las pautas que son necesarias para conformar, mantener y sostener ante propios y extraños la idea de nación y de pertenencia a ella.¹²

12. Teóricos modernos de la nacionalidad y de los nacionalismos, como Gellner, Hobsbawm, Hoffmann o Taylor, desde sus diversas disciplinas difieren en las formas de adscribir la nación a un territorio determinado, aunque todos superan aquella visión de los pensadores decimonónicos, más bien romántica, que admitía la existencia de la nación aun sin un territorio asegurado y controlado por el estado.

Aunque los dos primeros tienen un punto concurrente al considerar que los nacionalismos son los que engendran (Gellner) o anteceden (Hobsbawm) a las naciones, el primero entiende que la nación es esencialmente un principio político (y por tanto, también, un *producto* político), en tanto el segundo ve a las naciones "como fruto de coyunturas históricas concretas, e inevitablemente localizadas o regionales" (con lo que la historia, la ubicación en el planeta y el territorio se presentan como sus rasgos determinantes).

Por su parte, Hoffman observa también a la nación como una expresión política, en tanto que representa un poder y una estrategia en el escenario internacional. Desde la geografía política, Taylor corona esta moderna concepción al vincular estrictamente las características de la nacionalidad con la dimensión territorial.

De todos modos, es notorio el sesgo europeísta que informa y condiciona las especulaciones de estos autores, a partir de la propia ejemplificación, por lo que su utilización en un programa de interpretación de la realidad latinoamericana requiere un esfuerzo cuidadoso de conversión de sus teorías. En este sentido resulta interesante la descripción que hace Priscilla Weeks sobre la aplicación de teorías del "primer mundo" en el "tercer mundo" y los esfuerzos

Este es un proceso en el que se mezclan los componentes culturales e ideológicos con los políticos, y en que los mecanismos de administración y conducción del estado operan sobre los individuos para mantener la cohesión y la adhesión que consideran indispensables para la subsistencia de la nación. La nación es así una obra colectiva que se realiza permanentemente a través del comportamiento de los ciudadanos en la vida política y social, y por obra del estado a través de mecanismos más o menos sutiles, más o menos compulsivos, más o menos explícitos.¹³

Sin duda, uno de los campos en donde la nación se consagra como tal y donde necesariamente tiene que revalidar su condición es en el orden internacional. "Todo grupo —ha dicho Wallerstein— que considere ventajosa la utilización de los poderes legales del estado para favorecer sus intereses frente a grupos exteriores al estado o alguna subregión de éste tiene interés en fomentar el sentimiento nacionalista como legitimación de sus reivindicaciones."¹⁴ Esta necesidad debe ser un poderoso condicionante en el reconocimiento oficial o estatal de las categorías regionales, con sus diversidades y contrastes, y aun con sus afinidades o problemáticas comunes con regiones homólogas de otras naciones o con prolongaciones espaciales de sus mismas regiones en territorios de naciones vecinas.¹⁵

En consecuencia, las regiones constituyen una categoría real, y también son actores potenciales o reales de las relaciones internacionales, aún no consideradas en ninguna de las teorías sobre la materia, sean realistas o

que algunos proponen para lograr la "domesticación" de modelos extranjeros, lo cual puede ser la estrategia adecuada para la apropiación de esos modelos a través de su reformulación. Véase Ernest Gellner, *Naciones y nacionalismo*, Buenos Aires, Alianza Universitaria, 1983; Eric J. Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991; Stanley Hoffmann, *Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz*, Buenos Aires, CEL, 1991; Peter J. Taylor, *Geografía política. Economía mundo, Estado-nación y localidad*, Madrid, Trama Ed., 1994; Priscilla Weeks, "Desafíos post-coloniales a las grandes teorías", en *Revista de Antropología*, año IV, Nº 8, Buenos Aires, 1989.

13. El antropólogo y sociólogo argentino Miguel Alberto Bartolomé ha expuesto, a manera de denuncia, la tendencia actual de los aparatos estatales latinoamericanos hacia la homogeneización cultural de las poblaciones étnicamente más diferenciadas, cuya alteridad es percibida como un obstáculo para la construcción de la colectividad nacional; de tal manera que para obtener ciudadanos iguales ante la ley, el estado se obstina en abolir las diferencias culturales.

Véase "El derecho a la existencia cultural alterna", en Adolfo Colombres (coord.), *América Latina: El desafío del tercer milenio*, Buenos Aires, Ed. del Sol, 1993.

Otra meta del estado es alcanzar la modernidad paradigmática; en este aspecto, Esteban Mosonyi señala que cada día se afirma con más fuerza que todo pueblo tiene condiciones para aspirar a su propia modernidad específica sin perder sus raíces culturales.

Véase "El desafío de las lenguas emergentes", en A. Colombres, *op. cit.*

14. Immanuel Wallerstein, "La construcción de los pueblos: racismo, nacionalismo, etnicidad", en I. Wallerstein y Etienne Balibar, *Raza, nación y clase*, Madrid, Iepala, 1991.
15. Edmundo A. Heredia, "Una aproximación teórica a los conceptos de "nación" y de "espacios regionales" en la configuración de las relaciones internacionales latinoamericanas", en Amado L. Cervo y Wolfgang Dopcke (Org.), *Relações Internacionais dos Países Americanos. Vertentes da História*, Brasília, Linha Gráfica, 1994.

utópicas. Es verdaderamente flagrante que autores como Dougherty y Pfaltzgraff, con tanto conocimiento en este campo, omitan con absoluto simplismo toda referencia a esta categoría, más aún cuando se remontan a las teorías de las ciencias sociales en general.¹⁶

Esto puede deberse a que en el estudio de las relaciones internacionales se imponen rotundamente las teorías realistas (para las cuales el estado-nación es el actor fundamental y decisivo en las relaciones internacionales), y a que las utópicas (quizá ésta sea una denominación adjudicada en tono peyorativo por los propios realistas) no han reparado aún en esa categoría; también a que los teóricos políticos, al seguir discriminando los elementos constitutivos de la nación, tales como territorio, lengua, etnia, etc., consideran que el territorio (en tanto mera superficie geográfica) cubre la categoría espacial por ellos considerada.

6. La ocupación de los espacios y la formación de regiones en América Latina

Una propuesta pertinente para el análisis del espacio regional es la que parte de los procesos históricos de la ocupación de espacios. Toda reflexión al respecto demanda una ubicación en un campo de observación, o sea un sector determinado del planeta. En este caso, obviamente, nos estamos refiriendo a América Latina.

Una manera sensacionalista de abrir el tema sería decir que América Latina ha sido y es escenario de un proceso de más de quinientos años de ocupación de espacios; esto implica afirmar a su vez que ha habido una muy larga y persistente ideologización o creación de imágenes sobre el espacio.¹⁷

16. James E. Dougherty y Robert L. Pfaltzgraff, *Teorías en pugna en las relaciones internacionales*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1993.

Dicen estos autores que en todas las ciencias sociales es preciso saber dónde y cómo comenzar, y para ello enumeran una serie de candidatos lógicos. Desde el nivel micro al macro, esos candidatos son los individuos, los grupos subnacionales, las naciones-estado, los grupos transnacionales y organizaciones no conformadas por estados, el sistema internacional. Como se ve, la categoría regional no sólo no aparece aquí, sino que tampoco cabe su consideración en ninguna de las teorías expuestas en la obra.

Los estudios de Harold y Margaret Sprout sobre las relaciones hombre-medio, a que hacen mención en su pormenorizado análisis de teorías, se refieren sólo a la utilidad de tener en cuenta las condiciones geográficas y ecológicas como datos complementarios para comprender la política exterior de las naciones; de ninguna manera hay una propuesta de considerar a la región como una categoría de análisis en las relaciones internacionales.

Una concesión de Dougherty y Pfaltzgraff (en una obra de 592 páginas) es reconocer que "otros se han centrado específicamente en los efectos de los tipos de mapas alternativos... en la medida que se vinculan con la formación de imágenes acerca del mundo" (p. 83).

17. Las exploraciones y descubrimientos daban lugar a la formación de ideas fantásticas sobre los territorios, mares, poblaciones, fauna y flora americanos. La ambición, la desesperación y la ilusión alimentaban muchas de esas visiones que impulsaron y modelaron las acciones de conquistadores, adelantados y pioneros, en su búsqueda de riquezas, de gloria, de fama y de alimentos para sobrevivir.

Y además, que esa ocupación ha implicado tanto el avance de la civilización, el progreso y el aprovechamiento racional de la naturaleza como el ejercicio recurrente de compulsiones, desalojos, destrucciones e irracionalidades variadas, incluido el exterminio. Despojándolo de los prejuicios de los doctrinarios y de las tinturas de variadas ideologías, puede ser el enunciado de una realidad histórica documentalmente verificable.

En efecto, los exploradores y adelantados no fueron otra cosa que ocupantes de espacios, con fines de apropiación, utilización y explotación. La ocupación así entendida comprendió entonces todo lo que esos espacios contenían: suelo, subsuelo, aguas, animales, plantas, y hasta los hombres (cuya condición de tales se puso en duda); hasta se apropiaron de los cielos americanos, para poblarlos con otras figuras sobrenaturales diferentes de las que habían imaginado sus primitivos habitantes. La conculcación que se usó entonces para imponer creencias religiosas, doctrinas jurídicas, patrones culturales y mitos con los que fueron reemplazados los existentes y con los que se acompañó en calidad de sustento ideológico al proceso de conquista y colonización, fue una demostración de la importancia que se adjudicó a la imagen que debía construirse del espacio ocupado, en este caso con fines de dominación.

Para decirlo de una manera "imaginaria": física o naturalmente considerado, el cielo era el mismo, pero ahora poblado por otras divinidades; la tierra era la misma, pero ahora dirigida a otros designios. Por tanto, tierras y cielos habían cambiado de imagen y con ello habían cambiado también de sustancia.

La empresa se convirtió en una aventura que moldeó y fraguó personalidades e idiosincrasias colectivas, pues esa ruda marcha por selvas y montañas ignotas imprimió de manera indeleble caracteres con los cuales también los ocupantes conquistadores se convertirían en personas con un carácter diferente del que tenían cuando salieron de Europa.

Además, la ocupación fue convirtiendo a ciertos espacios naturales en espacios humanizados, en un proceso por el cual fueron formándose unidades territoriales que adquirieron con el tiempo el carácter de regiones; al mismo tiempo, las metrópolis impusieron delimitaciones más o menos convencionales para una mejor administración y una más eficiente explotación colonial.

Es decir, que hubo una formación espacial como resultado del proceso humano de ocupación, todo lo espontánea que podía ser en función de las circunstancias, de las necesidades y hasta del azar, por una parte; y por otra, una formación espacial planificada, ordenada por las distintas jerarquías de gobierno. La primera presentó una tendencia a la autonomía y al desarrollo de los intereses o idiosincrasias de los habitantes, la segunda impuesta a través de las disposiciones gubernamentales y tendiente al usufructo colonial. Es probable, por tanto, que sea pertinente hablar de un doble proceso de poblamiento; uno espontáneo, conforme a los impulsos y motivaciones de los habitantes, y otro programado desde la metrópoli.

De esta manera fueron formándose espacios regionales y provincias; estas provincias o distritos coloniales adquirirían el nombre de capitanías, de

gubernaciones, de virreinos, según fuesen las modalidades impuestas para su organización política interior y al rol que les fue adjudicado en el conjunto del imperio. Hasta podía darse el hecho de que los límites de los primeros —esto es los espacios regionales— coincidieran con estos distritos coloniales; pero esta coincidencia constituyó la excepción, porque estos últimos respondían a unos criterios por lo general diferentes de los que habían dado origen y habían marcado el desarrollo de los primeros.

Una generalización válida, aunque merece particularizaciones y excepciones, es que esta disyuntiva está en la génesis y en el proceso histórico de la ocupación de los espacios latinoamericanos, y ha sido determinante en los conflictos interregionales e internacionales que se han producido a lo largo de su historia. Esto es así porque cuando el espacio adquirió o comenzó a adquirir características de región, entró a menudo en conflicto con el plan imperial, al chocar contra sus líneas de administración territorial y contra su estructura jurisdiccional, de inspiración colonial.

7. Las regiones y las formaciones nacionales

Ya en el período nacional, en algunos casos estas regiones que habían ido formándose por impulsos propios y a despecho del plan metropolitano, fueron las bases para las superficies territoriales de las naciones que se formarían tras las luchas por la independencia. En otros casos, los desfases espaciales o territoriales entre regiones y antiguas provincias, gubernaciones o virreinos tuvieron su correlato en los conflictos territoriales de las naciones independientes.

Ahora bien; siguiendo un proceso educativo y cultural, los latinoamericanos en tanto ciudadanos han adquirido un sentido de lo nacional en virtud de la nación que conforma el territorio político donde transcurre su existencia, el que a su vez está dotado de un imaginario que recrea ese espacio conforme a las pautas que son necesarias para conformar y mantener la idea de nación.

Este es un proceso en el que se mezclan los componentes culturales e ideológicos con los políticos, y en que los mecanismos de administración y conducción del estado operan sobre los individuos para mantener la cohesión, la contribución y la adhesión indispensables para la subsistencia de la nación. A veces, esos mecanismos estatales aprovechan la imagen regional subyacente en la mentalidad histórica de la población, porque ella fortalece el sentido de lo nacional; pero en otras, trasiegan o directamente cercenan esa imagen en cuanto ella no favorece ese sentido, y por el contrario se opone a una nivelación del carácter nacional en rasgos uniformes y distintivos con respecto a los caracteres adjudicados por otras naciones.

La nación es así una obra colectiva que se realiza cada día a través del comportamiento, natural o conducido, de los ciudadanos en la vida política y social. Por tanto, en la formación social y cultural de los individuos y en consecuencia de los grupos humanos se suman el sentido de lo nacional y el

sentido de lo regional, conformando así un aspecto sustancial de su personalidad y de su idiosincrasia.

Pero antes de intentar una caracterización general de los espacios ocupados en función de los conceptos de nación y de región, es preciso tener en cuenta que en América Latina no todos los espacios están ocupados. Si bien todos pertenecen o están asignados a determinadas naciones, no todos han adquirido una conformación regional. En efecto, hay grandes espacios aún vacíos, o que han sido ocupados y desocupados, y a veces vaciados.

Hemos dicho alguna vez que los extensos territorios ausentes de humanidad, o con débil presencia humana, han constituido y aún constituyen en América Latina un factor de aislamiento y de perturbación en la distribución de la población y en las relaciones políticas entre las naciones. Son territorios que no constituyen ni forman parte de regiones, pero son pasibles de regionalización en la medida en que se considere el contexto general de América Latina. Estos espacios han servido de avance en el tiempo histórico para la colonización y la afirmación de soberanías nacionales en tierras no delimitadas jurídicamente con exactitud; por sus características singulares, esto es por su falta de una presencia humana que las distinga y particularice, hoy se presentan como una incógnita a resolver para un intento de regionalización.

Esos espacios vacíos representan el otro extremo de las ciudades; son las tierras a ganar para el hombre. Su explotación y poblamiento futuros, que deberán realizar las naciones que han adquirido la soberanía sobre ellos, podría ser programado desde la perspectiva de la integración interregional, y en ella dentro del contexto de la macro-región latinoamericana.

En este sentido, la historia muestra una secuencia ejemplar; en efecto, los espacios vacíos llenados por la conquista europea, entre los siglos XV y XVIII, fueron puestos al servicio de las metrópolis. Más tarde, algunos de los espacios que quedaron vacíos al concluir aquella época colonial fueron ocupados durante los procesos de organización nacional y puestos al servicio de un modelo de nación. Ahora, parece plausible que se hagan propuestas para que los espacios vacíos aún restantes sean puestos en el futuro al servicio de un modelo de integración latinoamericana.

Es en este contexto que podemos pensar en tres formas de entender la regionalización en América Latina. Una, la que la concibe como una forma de composición de la nación, es decir como las unidades que conforman el territorio nacional; otra, la que la entiende como un grupo de naciones vecinas, asociadas o reunidas por razones históricas, geográficas, estratégicas, etc.; y la tercera, como un conjunto de espacios identificables —esto es las regiones, no necesariamente coincidentes con los territorios nacionales— y que puede ser entendido a su vez como una unidad de análisis.

Esta tercera manera de entender la regionalización es la que permite concebir a América Latina como un sector identificable del planeta capaz de adquirir una personalidad internacional y en condiciones potenciales de asumir un rol reconocido en el sistema de relaciones internacionales mundial.

Región y nación no siempre son, como se ve, conceptos concurrentes. Podríamos hacer una generalización que reconozca la existencia de dos procesos que han seguido su propio camino en la historia latinoamericana, con recurrentes coincidencias y divergencias. Uno es el de la formación de regiones, el otro el de la formación de naciones. El paralelismo de ambos procesos podría haber desembocado en una comunión entre naciones y regiones, esto es que una región o grupo integrado de regiones fuese la base de una nación, pero no ha sido siempre así, y por eso cuando las historias nacionales se empeñan en formar esa impresión están forzando en rigor la realidad histórica.

La formación de los estados nacionales, y en consecuencia la formación de las nacionalidades en América Latina, ha seguido, en general, otros caminos, aunque el peso del factor regional se haya dejado sentir de alguna manera. En el caso particular de la Argentina es obvio que cuando se hace la historia de una provincia no se está haciendo en sentido estricto historia regional; tampoco ocurre así cuando se hace la historia de un grupo de provincias.

Tal sería el caso, por ejemplo, de las provincias comprendidas en el Noroeste argentino, en tanto se quiera encerrar esa historia en los límites de esas provincias. Para que fuese una historia regional y comprendiese ese espacio, habría que agregarle retazos de otras provincias, también quitar fragmentos de las provincias de base y, lo que es más sensible, agregar espacios pertenecientes a otras naciones, esto es sectores de Bolivia y de Chile. Ahí estaríamos acercándonos a una historia regional. Debe quedar claro, entonces, que las historias regionales y las historias nacionales o provinciales son cosas diferentes.

Es obvio entonces que no se trata de coonestar la legitimidad de la historia regional que tenga en cuenta los factores nacionales, sino de entender que se trata de enfoques y perspectivas distintas, de objetos o campos de estudio distintos, que a su vez demandan métodos distintos de aproximación.

Ello no impide hacer una historia de una nación determinada de América Latina a partir de sus regiones, siempre que el mapa de base que se utilice sean precisamente sus regiones, dentro de las cuales intervienen otros factores para su formación; entre esos factores cabe incluir, obviamente, los aparatos político-administrativos de provincias, departamentos u otras divisiones territoriales.

Por otra parte, y siempre desde la perspectiva de la formación de espacios identificables, la ocupación de los espacios en América Latina ha tenido, como se ha visto, dos vertientes de comprensión: la regional y la nacional. Los grupos humanos guardan identificaciones y solidaridades con una y con otra, en algunos casos complementarias o coincidentes, pero en otras diferentes.

En este mundo impregnado de cosmopolitismo y globalidad, en el que se producen tantos desplazamientos, se da el fenómeno de la convivencia en un mismo territorio nacional de grupos étnicos y culturales diferentes; esto trae aparejada la presencia activa de individuos bilingües, o con doble naciona-

lidad formal o real, o en los que su trasplante ha provocado un debilitamiento de su concepto de nacionalidad, a punto de considerarse ellos mismos ciudadanos a-nacionales. Las variedades y gamas han pasado a ser tan amplias como las que se encuentran en las pigmentaciones de la piel como consecuencia de los múltiples mestizajes.

8. Realidad y prospección de las categorías regionales y nacionales

Puede conjeturarse que cada vez tiene un significado más complejo y controvertido la idea de la nacionalidad, sobre todo en las formas de conducta social y cultural; se excluye de este juicio a las obligaciones cívicas de los ciudadanos, necesariamente establecidas por la legislación y frecuentemente efectivizadas a través de la compulsión, y por tanto sujetas a reglas bastante precisas. García Canclini hace una afirmación casi axiomática cuando estudia ciertas cuestiones culturales de la población mexicana, en la que encuentra (como podría encontrarlo, creemos, en cualquier lugar de América Latina) que las solidaridades y coincidencias culturales se dan más bien entre los grupos que tienen condiciones sociales, profesionales, intelectuales, etc., semejantes que entre los que se relacionan por la pertenencia a una misma nacionalidad.

La comprobación de este autor adquiere un valor paradigmático si se tiene en cuenta que México posee profundas y arraigadas formas culturales que generalmente han sido aprovechadas para formar la base de la construcción de la nacionalidad mexicana. Allí son flagrantes también los contrastes sociales, que se remontan a la profundidad de los tiempos históricos; también parece evidente que tanto la idealización del sentimiento nacional como el proceso de globalización han probado ya su ineficiencia como instrumentos en favor de la superación de esas diferencias, lo que ha dado lugar ya a vehementes denuncias.¹⁸

Del fenómeno que acabamos de señalar no están eximidos de responsabilidad los sistemas económicos y sociales que inciden en las formaciones sociales, las cuales presentan en América Latina una estratificación marcada; en efecto, luego de haber pasado por una etapa de aproximaciones, esta parte del mundo parece encaminarse hacia una más nítida diferenciación entre los sectores poderosos y los sectores deprimidos.

Así, en tanto las políticas educativas y culturales de los órganos públicos envían mensajes simbólicos e históricos que recuerdan permanentemente los

18. "La actual globalización económica es perversa porque ha conllevado las emigraciones de hambrientos que abandonan sus 'nidos' o 'camadas' soñando con un inexistente generoso espacio cosmopolita...", dice María Rosa Palazon, "Espacio y perversión (Nuestra América y su enfermedad geográfica)", en Clara A. Jalif de Bertranou, *Anverso y reverso de América Latina. Estudios desde el fin del milenio*, Mendoza, EDIUNC, 1995.

valores que resguardan la integridad de la nacionalidad, esos sistemas económicos y sociales, en cambio, tienden a crear la pérdida de expectativas en cuanto a la eficiencia que el culto de esos valores nacionales pueda tener para lograr el bienestar personal, colectivo o generalizado. Todo esto determina que pierdan vigor las solidaridades basadas en esos supuestos valores nacionales inculcados; en cambio, estimula la aparición de estos otros tipos de solidaridades basados en los compromisos por afinidades sociales, profesionales y también regionales.

Esta realidad, que parece tópica de América Latina, adquiere una connotación especial en la actualidad, ante la presencia de un mundo globalizado; esto se debe a que los avances de la tecnología están a la vista de todos los sectores, y a que la mayor parte de la población tiene acceso a ciertos signos exteriores de esos avances tecnológicos. Pero ese acceso es apenas una ilusión para la mayoría, porque el acceso a la información no va acompañado de la posibilidad de alcanzar la posesión de los objetos sustantivos que son el producto de la alta tecnología. Por tanto, el contraste entre los sectores sociales se hace así más flagrante, más evidente y, lo que es peor, más irritante.

Por último, este fenómeno de desnacionalización, como producto del avance de la globalización, hace que las características de la ocupación de espacios sea muy diferente al de épocas anteriores. Si antes esta ocupación era para afirmar soberanías, para introducir la "civilización", para explotar recursos naturales valiosos, y hasta para la creación y cimentación de nacionalidades, ahora estos objetivos han quedado totalmente reemplazados por otros. Ya no se trata de nacionalismos expansivos, que devienen en imperialismos, que fueron los motores más activos en la ocupación de espacios.

Así, el fenómeno de la transnacionalización y el de la mediatización de las políticas sociales como consecuencia de los imperativos para lograr el equilibrio entre la producción y el consumo, que parecen inherentes a la globalización, ponen a la ocupación de espacios en otra dimensión política, puesto que deben servir a esas exigencias. Frente a esta coyuntura, la conceptualización de las regiones y el desarrollo de los procesos de regionalización se ubican en la necesidad de asumir un compromiso que se interese por la superación de las carencias de que adolece una parte de la humanidad en materia social y por la satisfacción de las necesidades esenciales para obtener el bienestar.

Por otra parte, como ha dicho Marshall Berman haciendo un análisis introspectivo del modernismo, parece que "hemos perdido o roto la conexión entre nuestra cultura y nuestras vidas... hemos perdido el arte de introducirnos en el cuadro, de reconocernos como participantes y protagonistas del arte y el pensamiento de nuestro tiempo."¹⁹

19. Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1989.

En resumen, el fenómeno de la regionalización, y en consecuencia el de las políticas regionales, nos coloca en una dimensión de análisis distinta de la que podría trazarse en función de aquellas políticas exteriores de las naciones que buscaban asegurar soberanías o defender intereses nacionales en su confrontación con otras; en su lugar, se traslada a un campo en el que la preocupación común y compartida debe ser la de beneficiar y procurar el mejoramiento de las condiciones regionales en función de la solución de los problemas que impiden su bienestar, así como también la práctica plena de sus culturas y la capacidad de decidir sobre la conservación de sus tradiciones o la incorporación de nuevos patrones de conducta o de comportamiento para su vida cotidiana personal y social.

De tal manera, esas políticas exteriores aparecerán vinculadas más bien a los propios problemas sociales y económicos de la población, y en consecuencia habrá más puntos de contacto y por tanto de entendimiento entre las naciones y entre los pueblos.

RESUMEN

La palabra región se ha convertido en *wild-card* dentro de las ciencias sociales; se impone un esfuerzo de conceptualización y definición del término para ajustarlo al sentido con que se emplea en cada disciplina, como paso previo para que alcance el nivel inter-disciplinario.

Así, desde la perspectiva de la historia de las relaciones internacionales el concepto de región debe quedar vinculado a los fenómenos de la regionalización y de la globalización. De tal modo, la región sería el resultado concreto e histórico de un proceso de regionalización, ante el cual la globalización aparece, por una parte, como contenedora de las diversidades regionales; por otra, como igualadora y destructora de esas diversidades. La disyuntiva, que se plantea como una contradicción, es un desafío tanto para los estudiosos como para los pragmáticos que intentan operar sobre la realidad. En cualquier caso, la concepción de la región como resultado de un proceso que incluye ideologías, percepciones y decisiones a nivel de sectores, de grupos o de estados nacionales, y que concluye en una imagen determinada del espacio, es una etapa imprescindible para entender, a su vez, el papel de la dimensión espacial en las relaciones internacionales.

ABSTRACT

The word region has become a wild card in the social sciences; a real effort is required to conceptualize and define the term as used in each discipline prior to its use at the inter-disciplinary level.

Thus, from the standpoint of the history of international relations the concept of region must be linked to the phenomena of regionalization and globalization. Therefore,

the region appears to be the concrete, historical result of a regionalization process, in the light of which globalization seems on the one hand to act as containment for regional diversity; on the other as the equalizer and destroyer of this diversity. The dilemma, posed as a contradiction, is a challenge both to scholars and to the pragmatists who attempt to act on reality. In any case, the conception of region as the result of a process including ideologies, perceptions and decisions at the sector, group or national state level and leading to a specific image of space, is an essential stage for an understanding of the role the spatial dimension also plays in international relations: